

O désert ! ô grand vide où l'écho vient du ciel !  
 Parle à l'esprit humain, cet immense Israël !  
 Et moi puisse-je, au bout de l'uniforme plaine  
 Où j'ai suivi longtemps la caravane humaine  
 Sans trouver dans le sable élevé sur ses pas  
 Celui qui l'enveloppe et qu'elle ne voit pas,  
 Puisse-je, avant le soir, las des *Babels* du doute,  
 Laisser mes compagnons serpenter dans leur route,  
 M'asseoir au puits de Job, le front dans mes deux mains,  
 Fermer enfin l'oreille à tous verbes humains,  
 Dans ce morne désert converser face à face  
 Avec l'éternité, la puissance et l'espace :  
 Trois prophètes muets, silences pleins de foi,  
 Qui ne sont pas tes noms, Seigneur ! mais qui sont toi,  
 Évidences d'esprit qui parlent sans paroles,  
 Qui ne te taillent pas dans le bloc des idoles,  
 Mais qui font luire au fond de nos obscurités  
 Ta substance elle-même en trois vives clartés.  
 Père et mère à toi seul, et seul né sans ancêtre,  
 D'où sort sans t'épuiser la mer sans fond de l'Être,  
 Et dans qui rentre en toi jamais moins, toujours plus,  
 L'Être au flux éternel, à l'éternel reflux !

.....  
 Et puisse-je, semblable à l'homme plein d'audace  
 Qui parla devant toi, mais à qui tu fis grâce,  
 De ton ombre couvert comme de mon linceul,  
 Mourir seul au désert dans la foi du GRAND SEUL !

## CURSO FAMILIAR

DE

## LITERATURA

## CONVERSACION DUODÉCIMA

## I

Al concluir nuestra última conversacion, no pudimos menos de preguntarnos : ¿Quién es Job? Nadie aun lo sabe.

Tal responden Bossuet, La Harpe, el reverendo doctor Lowth, autor del curso moderno de poesía sagrada que mas erudicion encierra, y en fin M. Cahen, el último y el mas hebraico de los traductores de la Biblia, en sus comentarios aun mas notables que su texto.

No, á nadie consta quien fué el primero, y en mi concepto el mas sublime de todos los poetas ; á nadie consta el verdadero autor de obra tan magis-

tral y en cierto modo sobrehumana. Este poema no formó siempre parte de la Biblia propiamente dicha, y tal vez independientemente del Antiguo Testamento, al cual precedió en fecha, llegó á ser andando el tiempo insertado y agregado al sagrado texto. El doctor Lowth, profesor de poesía sagrada en la Universidad de Oxford, á quien debemos dos tomos que forman autoridad en semejantes materias, refuta completamente la opinion que atribuye el libro de Job al mismo Moisés.

Por otra parte, á este dictámen adhiere completamente el sapientísimo traductor de la Biblia, el citado M. Cahen.

En tanto cuanto podemos emitir un fallo personal en tan árdua empresa, vamos á exponer con audaz franqueza lo que pensamos acerca del autor y del poema, pues lo incógnito es un vasto ámbito en que pueden campear toda clase de conjeturas, incluso el genio del mismo Bossuet, el mas ortodoxo de los comentadores. Pero nuestras presunciones personales acerca del poema de Job, no consisten, como podria creerse á primera vista, en fantásticas excursiones de la imaginacion, sino en conclusiones motivadas y autorizadas por un estudio de treinta años de tradiciones, historias de monumentos, filosofías y poesías del Oriente primitivo; y, si no damos nuestro juicio como la verdad infalible, lo presentamos á lo menos como un conjunto de datos verosímiles, tan cercanos de la verdad como la sombra del cuerpo, suplicando á nuestros lectores lo acojan tal

como lo ofrecemos, esto es como una opinion personal, y lo examinen sin fiarse á nuestra palabra.

La extrañeza que á primera vista presenta la opinion que sugerimos, nos impone esta precaucion oratoria; pero, cuando habrán leído, y bien leído, el maravilloso poema que á continuacion analizamos, tal vez acogerán nuestros lectores con mas indulgencia la rareza y osadía de nuestra opinion personal relativamente á un libro de un carácter antidiluviano.

## II

Expongamos sin mas preámbulos lo que pensamos de Job.

Pero antes conviene que recuerden nuestros lectores los repetidos pasages de nuestras conversaciones pasadas, por los cuales consta que diferimos completamente de los filósofos modernos, partidarios del progreso indefinido y continuo del espíritu humano.

Estos señores, deseosos de lisonjear sinceramente á sus contemporáneos, á su posteridad y á sí mismos, se ven obligados á no ver mas que tinieblas, ignorancia y barbarie en la época primitiva de la humanidad, cerrando los ojos en presencia de los monumentos sublimes ó divinos consignados en la historia de la sabiduría, de las teogonías, de las

poesías primitivas, datos todos de que obstinadamente prescindien.

Pero si bien se considera, esta negacion de todo el pasado teológico, filosófico, poético, arquitectural y aun histórico de las razas humanas que nos precedieron, les es una condicion indispensable para apuntalar su descabellado sistema; pues sin este requisito se verian muy apurados para abogar en favor de esa marcha ascensional, indefinida y continua del espíritu humano, que de Brama, de Job, del Egipto, de la Judea, de Grecia y Roma, progresa hasta Paris, hasta el siglo de Luis XV y hasta el nuestro. La evidencia confundiria á los citados filósofos, al paso que todo hombre imparcial no podria menos de preguntar, al leer los escritos de la India, el poema de Job, las legislaciones patriarcales de la China, la Biblia, Homero, Platon, el Evangelio, Virgilio, Ciceron; al contemplar las pirámides de Egipto, las ruinas de Palmira y Persépolis, el Partenon y el Panteon aun intactos; al palidecer de admiracion en presencia de los vivientes mármoles de Fidias; no podria menos de preguntar, volvemos á decir, do están las huellas de ese progreso indefinido y que continuamente sublima las facultades humanas.

Pero poco importa todo eso á esos señores, á cuyo sistema imperioso debe ceder el mundo, pues es necesario para que triunfe la teoría que tan pomposamente propalan, que el hombre anterior á nuestra era no haya pasado de un bosquejo informe de su Criador,

de una especie de bruto ó salvaje perfeccionado indefinida y continuamente, hasta el grado en que se complacen contemplar á la criatura humana en sí mismos y nosotros, juzgándola destinada á progresar despues de fenecida nuestra progenie terrestre, por una especie de apoteosis igualmente indefinida, cuyo arcano deben revelarnos hasta cierto punto las estrellas.

Muy lejos estamos de profesar tan sandias patrañas, opinando al contrario que el estado salvaje es una dolencia de nuestra grey, y de ningun modo su estado inicial y primitivo.

Asímismo nos cabe la conviccion de que hubo en los primeros tiempos una humanidad tan ricamente dotada como la nuestra; y, si hemos de aventurar lisa y llanamente nuestro dictámen, idéntico en este punto al que vemos consignado en las sagradas páginas, como igualmente al aserto profesado por todas las razas religiosas é históricas que aparecieron en nuestro planeta, diremos que estamos persuadidos de que la humanidad primitiva nos superaba en luces, facultades, felicidad y verdades divinas.

Nos cabe la certidumbre (sin poder demostrarla, ni explicarla), de que en lugar del progreso indefinido y continuo, hubo una decadencia, un eclipse de Dios en el hombre, *un Eden perdido*, como dicen las sagradas páginas.

Por último abrigamos la conviccion de que los progresos diseminados, interrumpidos á menudo por recaidas, si bien progresos muy reales y muy

meritorios que tuvieron lugar después de esta misteriosa degradación de la humanidad primera, no pasan de esfuerzos generosos y santos para reconquistar lo perdido, para recuperar nuestra primitiva inocencia, para reintegrarnos en nuestra ciencia y felicidad naufragadas.

Por lo expuesto se ve cuanta distancia nos separa de los filósofos actuales, acérrimos partidarios del progreso continuo é indefinido.

Los únicos vínculos que nos ligan á los citados señores, consisten en los votos que simultáneamente formamos en favor de la felicidad y santidad del hombre, como igualmente en nuestros esfuerzos comunes para hacer avanzar á la humanidad, nuestros adversarios científicos mediante un progreso ilimitado, y nosotros mediante un progreso real pero relativo.

Ahora bien, si hemos de hablar con franqueza, diremos que uno de los principales argumentos contra esa ascension indefinida y continua del espíritu humano, en otros términos, uno de los principales monumentos ó testimonios de una condicion intelectual y moral del hombre primitivo, superior á nuestra condicion presente, es cabalmente el libro misterioso de Job. Tal como el geólogo Cuvier que hallaba mastodontes en las capas antediluvianas del globo, Job es, si es lícito expresarse así, un mastodonte intelectual y filosófico en las capas antediluvianas del espíritu humano.

En efecto, en el poema bíblico existe una filoso-

fía, que antes del renacimiento evangélico, no guarda analogía alguna con la doctrina de la India, ni con la metafísica de la China, ni con lo poco que sabemos de la ciencia egipcia, ni con las teorías paganas (salvo Platon y Epicteto), ni aun con los sistemas racionales que procuran construir los modernos mediante los restos de la antigüedad.

¿Quién pudo inspirar al patriarca oriental, quién pudo infundir en el ánimo de un pastor árabe del desierto de Hus, una filosofía á la vez tan osada, tan humana, tan divina, tan revelada, tan misteriosa, tan racional, tan sublimemente discutida, tan excelentemente cantada, como la que vamos á leer en ese poema escrito en la arena, con una caña mojada en una lágrima amarga?... En vano hojearíamos los numerosos volúmenes que en los siglos recientes han hecho sudar la prensa, pues todos nuestros conatos jamás llegarán á descubrir algo que pueda igualar, ni aun de lejos, á uno de esos sollozos, á una de esas blasfemias, á uno de esos actos de sublime resignacion.

### III

Ahora bien, como todo tiene un principio y la nada es esencialmente infecunda, hay un problema cuya solucion me ha preocupado con continuo teson, y es averiguar de dónde procede ese manantial sub-

terráneo é inagotable de verdad, metafísica, teología, elocuencia y poesía, que rebosa como un torrente en el poema de Job para todo aquel que sabe leer, sentir, comprender y orar en esta tierra.

No titubeamos en decir que este fenómeno tan misterioso como admirable, solo puede proceder de una tradicion antiquísima y antihistórica, de una filosofía conservada y vuelta á hallar de la humanidad primitiva, filosofía que remonta de generacion en generacion hasta una generacion primera, dotada de comunicaciones mas luminosas y directas con el autor de toda luz, esto es, con el mismo Dios.

En contradiccion con el sistema de los filósofos que abogan por el progreso continuo é indefinido, demuestra la observacion que mientras mas se remonta de civilizacion en civilizacion, de libro en libro, de tradicion religiosa en tradicion religiosa, hasta esa profundidad desconocida de los tiempos llamada época antdiluviana, mas luces divinas entrevemos, ó en otros términos, mayor es la luz emitida por la luminosa aurora que baña al espíritu humano.

¿Qué resulta de lo expuesto? Que antes del diluvio general ó parcial atestiguado por todas las tradiciones orientales, hubo una época de civilizacion superior á la de los siglos que vinieron en pos de ese cataclismo de la humanidad; que esta época de civilizacion antdiluviana se hallaba mas próxima á otro período aun superior en inocencia, en ciencia, en facultades, en felicidad del hombre en esta tierra, antes

de la grande y misteriosa decadencia — que es otra tradicion universal, — á consecuencia de la cual, se vió expulsada la humanidad primitiva de ese semicielo ó jardin delicioso llamado Eden; que las tradiciones de esta filosofía relativa al Eden mencionado, habian sobrevivido en la humanidad decaida, y que en fin despues del segundo naufragio de la humanidad antdiluviana, pudieron sobrenadar algunas grandes verdades y fragmentos de excelsas filosofías, intactas en la memoria de algunos sabios ó profetas, escapados de la inundacion universal ó parcial; restos del naufragio que inspiraban de cuando en cuando al espíritu humano en el Oriente, húmedo aun de la gran catástrofe.

Sea que adoptemos las tradiciones de la India segun las cuales consiguieron guarecerse algunos náufragos en el Himalaya; sea que adheramos á los libros de la China, que hacen refugiar á un número reducido de pueblos en las montañas centrales; sea que, juzgando por los monumentos de Etiopia ó del Alto Egipto, creamos que excavaron cavernas los Trogloditas en los parages elevados para evitar una segunda inundacion en el llano; sea que profesemos la tradicion bíblica que nos cuenta como navegó Noé sobre las aguas con lo mas selecto del linage humano, es imposible dejar de creer en una inmensa inundacion que anegó aquella parte del mundo. Todas las tradiciones profanas y sagradas concuerdan en que escapó un número reducido de hombres á la catástrofe, y que los náufragos llegaron aquí y

acullá, en el Himalaya, en las montañas centrales de China, en los elevados cerros de la Etiopia, en las cimas de la Armenia ó del monte Ararat, llegando á ser el tronco ó la cepa primitiva de la tercera humanidad.

La Persia, la Arabia y la Biblia les dan el nombre de patriarcas.

Estos habian conseguido salvar algunos rebaños y llegaron á ser pastores en las comarcas de Yemen. En China bajaron de las montañas á medida que se retiró la inundacion de los llanos, y ahuecaron canales para facilitar el desagüe de las aguas en los pantanos, los cuales desmontaron y cultivaron, llegando á ser labradores. En la Mesopotamia fundaron ciudades colosales á manera de Babilonia y Babel, edificios numerosos, refugios varios contra la irrupcion líquida; en Etiopia y en el Alto Egipto, fundaron catacumbas inmensas y elevadas en las pendientes de las montañas de granito, capaces de contener poblaciones enteras, cuyos restos aun en el dia dejan atónito al viajero, que solo por la grandeza del espanto consigue explicar la magnitud de la obra.

Pero estos sobrevivientes de la época antidiluviana, no solamente consiguieron salvar su vida sino su inteligencia y memoria, trasmitiendo á los patriarcas sus primeros descendientes, sea á los hijos de Noe segun la version biblica, sea á los hijos de las razas indias, etiopias y chinas, segun las tradiciones de los pueblos del extremo oriente, algunos

vestigios de las verdades, de la revelacion, de la filosofia, de la teología que poseia la humanidad antidiluviana desde su expulsion del Eden.

Job, en mi concepto, era evidentemente uno de los descendientes de la familia pastoral de la Idumea, mas penetrado que sus contemporáneos de las tradiciones y verdades depositadas en el recuerdo de la raza primitiva. El fulminado patriarca enseñó á los hombres, no sé cuantos años despues del diluvio, la lengua filosófica, teológica y poética que nuestros primeros antepasados habian comprendido y hablado antes del cataclismo físico y moral que anegó nuestro linage. No puedo explicarme de otro modo esa fulguracion de luz, de ciencia, de sabiduría y aun de lenguaje en la oscuridad completa que envolvía á la tierra en aquel entonces; y no puedo menos de considerar á Job como un Platon de aquella filosofia truncada pero sobrehumana, que denominaré la filosofia antidiluviana.

De cualquier modo que se la juzgue, tal es mi idea, é imposible me es abrigar otra, al hallar ese diamante tan divinamente labrado en la arena sin huellas del desierto de Hus; advirtiendo que esta idea peculiar mia, no es de origen reciente, sino remonta á una época ya remota, como puede atestiguarlo el fragmento que á continuacion inserto relativo á Job, fragmento escrito hace años, en un estudio menos profundo que éste.

## IV

Hoy he leído el libro entero de Job, pudiendo convencerme de que no es la voz de un hombre sino la de una época, y que el acento vibrante en tan palpitantes páginas, procede de lo mas recóndito de los siglos. Segun la opinion admitida, el mundo se hallaba en su infancia cuando la criatura humana se expresaba en tales términos; no obstante, todo indica en esta epopeya del alma, en este drama del pensamiento, en esta filosofía lírica, en este gemido elegíaco, la sabiduría melancólica de una época de madurez. ¡Cuántos años y cuántos siglos fueron necesarios para que la humanidad acumulase, removiese, escudriñase sus ideas latentes en lo mas íntimo de su sér, si se considera la profundidad de las conclusiones metafísicas sobre las miserias de la destinacion humana y los misterios de la Providencia divina que contiene este monumento poético! ¿Quién podrá admitir que, desde luego y al abrir la boca, al primer gemido del alma, haya hablado el labio humano á la vez como hombre y como Dios? ¿Cómo pudo suceder que este primer grito del corazón que estalla y revienta de cólera, de dolor, de plenitud; que este primer rugido de la fibra del leon atormentado por la suerte, haya podido aventajar á todo cuanto pudo producir en nuestrós dias

el arte mas experto en lo relativo al pensamiento y estilo? ¿En dónde pudo hallar Job su ciencia de la naturaleza, su experiencia de las cosas humanas, su cansancio de vivir, ese suicidio de la desesperacion, sino en el tesoro de nuestras miserias y lágrimas, acumulado durante siglos en un abismo excavado por el tiempo en época antiquísima?

Si de un modo especial llegó á pintar algun libro la poesía senil, el desaliento, la amargura, la ironía, la recriminacion, la amarga queja, la impiedad, el silencio, la postracion seguida de la resignacion, esto es, la impotencia que se cambia forzosamente en virtud, y mas adelante ese consuelo que mediante la piedad divina levanta al ánimo abatido, seguramente es el libro de Job, ese sublime diálogo consigo mismo, con sus amigos, con Dios, escrito por el Platon lirico del desierto.

No consta de un modo exacto en que lugar y sobretodo en que tiempo llegó á brotar de la humana fibra ese poema, ó si se quiere esa historia. Muchos la atribuyen á Moisés; pero, segun el testimonio de la misma Biblia, no era elocuente ni poeta el caudillo hebreo, sino hombre de Estado, historiador y legislador, mientras que Job se expresa en el idioma de mas acendrada poesía que hizo vibrar el humano labio. La elocuencia y la poesía fundidas en un solo chorro é indivisible en los gritos del hombre, presiden á la palabra del patriarca de Hus que narra, discute, escucha, responde, interpela, se irrita, apostrofa, invectiva, ruge, estalla, canta, solloza,